

Un señor de Barcelona

El proceso de industrialización de la Cataluña contemporánea entre, aproximadamente, 1850 y 1920 constituye uno de los fenómenos económicos, sociales y humanos —a menudo revestido de tintes épicos— más fascinantes de la revolución industrial en Europa. Lo protagonizó una serie de personalidades de primer orden, en buena parte burgueses que, desde unos orígenes humildes, ascendieron en la escala social con dosis masivas de trabajo, sacrificio, intuición e inteligencia, y sobreponiéndose con tenacidad indesmayable a contratiempos y adversidades sin cuento. Por desgracia, aquella auténtica epopeya se quedó en su tiempo sin novelista que la describiera porque *La febre d'or* (1890-1892), de Narcís Oller, se limitó al retrato del enriquecimiento súbito en unos años de euforia bursátil.

A falta de ficciones narrativas coetáneas, algunos historiadores posteriores han subrayado la magnitud de aquella transformación y han destacado la relevancia descolante que en ella tuvo un nutrido grupo de personalidades del mundo empresarial. En esta dirección despunta Jaume Vicens Vives, quien, en un libro pionero de consulta indispensable, *Industrials i polítics del segle XIX* (1958), trazó un panorama de la historia social, política y económica ochocentista de Cataluña en la que la labor de los empresarios —designados por primera vez, según se me alcanza, como «capitanes de industria»— adquiriría una positiva trascendencia. Décadas después, otro historiador, en este caso de la economía, Francesc Cabana contribuyó en gran medida a incluir nombres propios de empresarios e industriales en el canon de la historia general. Así, por ejemplo, los cuatro volúmenes de *Fàbriques i empresaris. Els protagonistes de la revolució industrial a Catalunya* (2001) los agrupa por sectores de producción e incorpora, por vez primera, a los dedicados a la edición y a las artes gráficas, dos actividades consideradas entonces inseparables y cuya puesta en práctica exigía una respetable inversión económica. En la introducción, y retratando a grandes rasgos a las personalidades cuya peripecia profesional examina, Cabana dice cosas como las

que traduzco a renglón seguido y que encajan como anillo al dedo para dibujar uno de los perfiles más significativos de Pablo Salvat: «Hay gente que se espabila y quiere imitar lo que están haciendo en la Europa más avanzada. Los viajes al extranjero son difíciles, pero necesarios. [...] el resultado es que estos catalanes viajeros traen nuevas técnicas y nuevos conocimientos».

En este contexto, la ciudad de Barcelona desempeña un papel decisivo. Da fe de ello un testimonio de tal transformación cuando estaba a punto de consumarse, o se había consumado ya. Se trata de *El libro de honor. Apuntes para la historia de la Exposición Universal de Barcelona* (1889) —un volumen de Saturnino Lacal que presenta un balance de la exposición barcelonesa del año anterior— en el que se leen, acerca del mundo de la edición, afirmaciones como las siguientes:

Dentro de España, es necesario venir a Barcelona para encontrar un movimiento editorial de importancia. Bien sabemos que en Madrid editan novelas Muñoz, Gracia y Manini [...] pero ninguno de esos laboriosos editores han podido levantar un palacio para su empresa y otro para su persona, con el producto de sus trabajos editoriales. En Barcelona se dan casos: Montaner y Simón [...]. La importancia que aquí alcanza la industria editorial débese principalmente a los mercados de América, en los que coloca mejor las obras literarias o consultivas de lujo que las de enseñanza.

Al lado de los dueños de Montaner y Simón —Ramón Montaner y Francisco Simón— se sitúan otros nombres en el elenco de la edición industrial que, como se advierte en el presente libro, acaban convirtiendo Barcelona en la capital mundial de la edición en español. Los Tasso, por ejemplo, o Narciso Ramírez, Manuel Henrich o, por supuesto, la dinastía de los Espasa y la dinastía de los Salvat, con tantos vínculos comerciales y familiares con los Espasa.

Guiados por el principio de que la edición a gran escala obligaba a una inversión que debía ante todo ser rentable, todos ellos se lanzaron a publicar un tipo de obras de gran formato, ilustradas, en varios volúmenes y con vistosa y sólida encuadernación. ¿Sus destinatarios principales? Las clases urbanas acomodadas. ¿Sus materias? Muy variadas. Sobresalen los diccionarios y las enciclopedias, las historias nacionales y universales, los tratados geográficos y científicos, los manuales de historia natural, los textos bíblicos y las historias de la Iglesia, las crónicas de viajes, de exploraciones y de guerras, los ensayos políticos y económicos, los compendios artísticos o, en fin, las obras literarias, principalmente de grandes clásicos, originales y traducidas.

Para comercializar tal volumen de producción, aquellos editores, con la vista fijada en el mercado americano, recurren a menudo a los cobros a plazos y a los obsequios a los clientes, captados muchas veces por medio de revistas ilustradas propias de información cultural y de actualidad que sirven, al mismo tiempo, de portavoz de las novedades editoriales. De igual modo, forzados por la necesidad de disponer de amplios

espacios para acoger sobre todo los talleres gráficos, los grandes empresarios del libro abandonan progresivamente el centro histórico de la ciudad y, como Pablo Salvat, se instalan en soberbios y monumentales edificios de nueva planta.

*

Más allá de su papel como empresarios, hay que ver a los editores —singularmente a los literarios, en un sentido amplio— como agentes culturales que marcan tendencias, descubren autores, revisan la tradición actualizando a los clásicos, influyen en los gustos de los lectores y, en suma, crean opinión. De este modo, satisfacen las expectativas y las necesidades culturales del público dotado de curiosidad intelectual. Consciente de esta proyección colectiva tan poderosa, el mundo académico de países como Francia y Gran Bretaña ha consolidado desde hace tiempo el estudio de la trayectoria de editoriales y editores. Por contraste, en el mundo hispánico los esfuerzos más sólidos y fecundos para situar, en el mapa de la cultura, la historia de la edición datan, a lo sumo, de los últimos treinta años. Y en esta cadena de aportaciones recientes, las de Philippe Castellano brillan con luz propia. De su dilatado currículum investigador cabe citar aquí, a modo de muestra, su monografía sobre la monumental enciclopedia Espasa o, por otro lado, su edición del epistolario cruzado a primeros del siglo xx entre, por una parte, Pablo Salvat y, por otra, sus hermanos menores Fernando y Santiago, que, por encargo del mayor, viajaron por la América hispanófono durante algunos años para abrir mercados a la producción de la editorial familiar.

Esta vez, el profesor Castellano ha centrado su atención en Pablo Salvat, cuya personalidad se acrecienta y enriquece a medida que vamos leyendo. Nos hallamos, desde luego, ante un capitán de industria homologable a los de mayor relieve, pero, además, esta biografía arroja nueva luz sobre una figura poliédrica e inquieta de gran interés, promotora de múltiples iniciativas y dotada de un dinamismo incansable.

Descubrimos, para empezar, que Pablo Salvat era un intelectual desdoblado de empresario, cosmopolita y culto, cuya curiosidad y actividad parecen no agotarse. A su faceta de arquitecto profesional se suman muchas otras: integrante y directivo de asociaciones gremiales de editores, viajero de fina percepción de realidades ajenas, participante en asambleas y congresos del ramo, espíritu sensible a las artes, escritor ocasional, patriarca que se desasosiega por su familia o, en el ámbito del compromiso cívico, concejal del Ayuntamiento de Barcelona y colaborador en algunas de las realizaciones más consistentes y maduras del catalanismo cultural. En fin, como arquitecto, Pablo Salvat debió de sentirse singularmente orgulloso del diseño del grandioso edificio de su editorial, que ocupaba media manzana de la calle barcelonesa de Mallorca y que al inaugurarse, en 1916, era el mayor de España de los destinados a la industria editorial.

Gracias al buen hacer del profesor Castellano, surge una nueva visión de Pablo Salvat, mucho más completa y matizada. El biógrafo, apoyado en la bibliografía más solvente y actualizada, ha trabajado con fuentes documentales de primera mano (en parte facilitadas por los herederos del editor) y ha escudriñado en la prensa de la época a la caza de toda suerte de informaciones complementarias. El libro abunda en noticias colaterales del mayor interés, como los antecedentes y las relaciones familiares o la pugna constante de los editores con la administración del Estado para defender sus intereses comerciales. Algunos capítulos aportan novedades rutilantes al conocimiento de temas precariamente tratados o simplemente desconocidos; valgan como ejemplos el consagrado a la revista *Hojas Selectas*, el que sintetiza la trayectoria como arquitecto del personaje, o los que, de forma sucesiva, detallan las interioridades de las asociaciones gremiales de editores, sus campañas, sus logros y sus decepciones.

En suma: la obra que tengo el placer de prologar no solo representa un hito en el conocimiento de una editorial de señalada proyección internacional, sino que también se inscribe, por su generoso acopio de noticias, en la nómina de la bibliografía más solvente de la historia de la edición en unos años cruciales.

MANUEL LLANAS
Universitat de Vic